

RECUERDO INMENSO, INMENSO OLVIDO

POR BERBEL

“Para Omar la vida es diferente, es el placer de la ciencia, ciencia del placer. Se levanta tarde, bebe en ayunas la tradicional “copa de la mañana” y luego se instala en su mesa de trabajo, escribe, calcula, traza líneas y figuras, escribe de nuevo, transcribe algún poema en su libro secreto.”

*Samarcanda* de Amin Maalouf

Cuando Alberto Omar Walls me invitó a presentar este libro suyo [*Inmenso olvido*. La Caja Literaria. Tenerife. 2009], yo no tenía ni idea de la jugarreta que estaba dispuesto a proporcionarme sin ninguna intención aparente ¿o no? Me envió la novela rápidamente. La saqué del buzón de mi casa y apenas leí el inicio de la primera cita de la mano de Luis Cernuda: “No creas nunca, no creas sino en la muerte de todo...”, y ya empecé a revolverme sola conmigo misma a la caída de una tarde cualquiera por su culpa, por su culpa, por su grandísima culpa. Empaté con la siguiente cita que me brindaba Simone de Beauvoir, compinchada con Alberto: “La habitación apesta a tabaco y alcohol... no saldré de ella nunca más”. ¡Qué asco! Me hizo pensar lo mismo.

¿Por qué Omar, por qué tú? ¿Qué sabes de mí, maldito mago de las palabras, teatrero y dramaturgo, poetazo y lírico, narrador y cronista, testigo y cómplice? Le tiras de la lengua a Jean Paul Sastre para “al acecho, forzar continuamente la verdad”. Y ¿por qué a mí? ¿Qué clase de conejillo de Indias estiraba una palabra tras otra buscando el secreto del *Inmenso olvido* que ya era mío. Una estructura magnífica se deslizaba por mis dedos, un ritmo impecable hilaba frase tras frase engendrando a la víctima -era yo- que no podía dejar de seguir leyendo página tras página. Un estilo limpio, lineal, sinuoso por donde transcurren personajes, temas, tiempos y espacios. No podía dejar de leer. Citas capitulares elegantes y precisas, elegidas acertadamente. Desde el primer renglón de esta novela (p.9): “Es imposible que me vuelva loca”, me dije como Eneida, la protagonista de mi *Inmenso olvido*. Me la leí de carrerilla, sin parpadear como lo “inmenso”. De un tirón como el “olvido”. Un mes después volví a la carga, volví a tomar este libro y ayudándome de un lápiz, empecé a machacarlo tanto como él a mí misma me lo había hecho. Tengo el texto tan acribillado que no puedo prestárselo a nadie. Al terminarlo tuve la sensación de cerrar el estuche del espejo de mi tiempo y de mí. Definitivamente Alberto Omar estaba hablando de mí, se sabía al dedillo mi vida entera, es el cronista suspicaz de mi tiempo, saboteando mis recuerdos y reflexionando con pequeños toques filosóficos de la temática existencial que nos tocó vivir a muchas mujeres como yo.

Pero Alberto Omar era, es... “la otra”, él ha sabido meterse en nuestra piel y sentir con nuestras voces, y amar y odiar y luchar con nuestro coraje; y llorar y desear y competir con nuestros nervios. Pienso que Miguel Delibes es

mejor mujer que el hombre que escribió *Cinco horas con Mario*, de la misma manera que Alberto Omar Walls es la mejor Eneida de nuestra piel. Cuando ella -la protagonista-, dice: “Me siento sucia”, yo no podía diagnosticar que nuestro autor nos lavara, nos redimiera, nos exorcizara, nos pudiera salvar para reconocernos en el presente desde ese camino tan largo que hemos recorrido las mujeres y hombres de mi generación. Y aquí está en 251 páginas toda la odisea de esta vida entre dos siglos, entre dos sentidos de existencia, entre dos formas de ver la vida: “Si así se comporta mi inconsciente, ¿por qué el empeño de volver a mi pasado?... Saber quién soy para poder estar tranquila. Dolerme para sanar”. “Y, como no soy escritora, es lo único que me puedo permitir, contar mi vida tal como fue” (p. 32).

En el artículo titulado *Novelar en Canarias*, Alberto Omar nos señala que: “El escritor no tiene otra obligación más que *escribir bien* por encima de sus deseos de transformar la realidad”. Y que: “Todo escritor tiene tantos rostros como personajes maneja”. ¿Cuántos personajes subyacen en la obra de Alberto Omar? Y dice más: “Si nuestra materia prima es la mentira ¿será por el deseo de alcanzar la verdad a través de la ficción?”. Todo un tratado de “novelar” en donde él es el eje central de su propia ficción y su verdad al mismo tiempo. Recolector de imágenes “Contador y lector de relatos” (título de otro de sus artículos) se recrea en presentarnos un tiempo, unas situaciones y circunstancias, unos personajes, sentimientos y reflexiones; en definitiva: un tiempo y un espacio. Sin olvidarnos que “la materia creativa tiene muchos rostros y formas de expresarse... depende de los puntos de vista del escritor y de las técnicas utilizadas” -dice Alberto Omar en otro de sus artículos. Nos

dice: “Toda escritura transforma la ficción en sagrada. Lo sagrado es un ‘espacio geográfico’ que habita en el subconsciente colectivo”. “La comunicación más directa se testimonia en la relación habla-escucha”. “¿Estará basado el olvido en el que yace el Hombre actual en una suerte de castigo?”. “Dijimos que nombrar es tanto como crear. La voz, el verbo, crea al nombrar los seres... el llamar a algo por su nombre es evocar su esencia misma”.

“Eneida se descubre a sí misma y se perdona y de esa manera consigue perdonar a los demás”. Omar sabe de todo eso como su protagonista porque: “Intentar comprender lo que sucede en el alma y la memoria de un ser humano. Su preocupación por el dolor ajeno”. “Necesita dar fe de sus recuerdos, organizar el gran álbum de su vida... gestos para luego situarse frente a ellos” (gracias a *Los ángeles sin memoria*. Texto de Elsa López). Juan Cruz hace un boceto de la novela y del autor en un artículo publicado el domingo, día 27 de junio de 2010 desde las páginas de cultura del periódico “La Provincia”. A tener en cuenta, también.

Todos los congregados de mi generación pueden compartir esta obra, íntima, nostálgica y entrañable, abierta y social, en la que la fuerza de sus páginas recorren los espacios reales e imaginarios de nuestro tiempo: La Laguna, las fiestas y guateques, las revueltas estudiantiles, el mayo francés, política y estrategias que tejen el tapiz de contenidos equilibrados en cada uno de los capítulos. Nada pesa más en un lugar que en otro. Narraciones sentidas, trabajadas y redondas, conscientes e inconscientemente ponderadas. Y la sutileza en el análisis de los elementos expresivos y el sentimiento artístico que

impregna, hacen un libro interesante y atractivo. Yo debería venderlo por las calles, a gritos, por palabras, contenidos, frases:

Enfermera a jubilar, tres hijos, viuda, violada por cuatro jóvenes, La Laguna de Tenerife, talleres literarios, escribir cada día, transformación, buscar a los cuatro jóvenes, la niña interior, la fotógrafa, ordenada, los recuerdos, las fotos hablan, lavatorio continuo como placebo, libreta de los problemas, abusada, inferior, vacía, sucia, el perro Eurípides, cartas a sí misma, Palmira, los dientes, monólogos, diálogos largos, los guateques, revueltas estudiantiles...

Su narrativa refleja la compleja relación entre la palabra precisa y la intuición. Ella juega con cada una de las piezas que conforman el engranaje inteligente de la expresión escrita. Omar sabe siempre a qué cartas jugar. Se mueve con maestría en la sutil frontera que separa la memoria y la imaginación, los recuerdos y la ficción, conformando un magnífico armazón propio de la buena literatura. Literatura seria, inteligente, sensible e intemporal.

Llena de sugerentes reflexiones, matices y connotaciones de la experiencia, sin dejar de rayar el realismo y sin abusar de todas las posibles ficciones. El placer y la complicidad de su escritura abierta y dinámica, enraizada en la disección de los conceptos. Yo debería seguir vendiéndolo por las calles, a gritos, por temas, expresiones, términos:

Mayo francés, política y estrategia, historias de los años 60 a los 80, experiencias, amores con Cecilio, fumar, volver a fumar, fotos y más fotos, morderse las uñas, símbolos, doble personalidad, rencor, poesía erótica del siglo XVI, reflexiones, filosofía, orgías, fiestas, confesión de un violador, haciendo teatro, Fedra, página

217, la experiencia y su resaca, la decepción con Palmira, la educación de la mujer, el destino de los amigos, su hijo, las dos hijas de Emilio, la gestación del hijo, Jesús, perdón, entrega del bolso...

La narrativa de Alberto Omar Walls forma parte de una literatura de seducción en la que tiene ya y, desde hace bastante tiempo, un mundo propio dentro de las Letras Canarias. Con esa su esmerada sutileza, concisa, meticulosa, irónica, poniendo una sabia distancia melancólica –que, personalmente, atiende a nuestros recuerdos- y rematando cada capítulo con la impronta propia del autor. Es una obra completamente cinematográfica. Infinidad de frases salpican el texto y crea la perspectiva del tiempo, así como nos va situando en la maquinaria temática que transcurre entre las reflexiones y las crónicas históricas. Ejemplos:

“Es imposible que me vuelva loca. Porque estoy escribiendo”,  
“Para añadir más desasosiego al estado de tensión permanente en que vivo”, “...me habitaba otro ser que no era yo. Otra mujer que no conozco”, “Ser madre era un estatus, un emblema, una marca y una necesidad”, “...necesito escribir mientras me sea posible permanecer despierta”, “Para aliviar mi dolor, quiero indagar”, “Indagar para conocer, desentrañar para descubrirme. Saber quién soy para poder estar tranquila. Dolerme para sanar”, “Fantasmas hechos con las sustancias robadas a los recuerdos”.

Todo está completamente determinado antes de poner el punto final. Todo está medido y pesado, nada es fortuito ni depende del azar, a mi juicio. Es parte de su pellejo literario al que no renuncia –por lo menos hasta ahora- y en el que demuestra esa solidez expresiva que es parte de su identidad. Una creación de

perspectivas, selección de combinación y ordenación de frases que van dando forma a la narración a modo de crónica de una época. Implicaciones creadas por patrones de ideas en formas adecuadas, para sorprender y equilibrar emociones, con aplomo y calidez.

Añadimos un grupo de frases que salpican la obra y nos planta cara a nuestros propios pensamientos, a nuestra propia filosofía de la cotidianeidad:

“...para que mis ocultos universos interiores se liberen y expulsen fuera de mí”, “El contexto...¡qué importante es el contexto!”, “Dejaría que las cosas fueran poco a poco a su lugar y que pudiera buenamente irme aliando con el olvido”, “Muchas culpas acumuladas padecen los pueblos y sus habitantes”, “El rencor destruye. De nada servirá alojarse en él”, “...toda nuestra existencia es el mejor testimonio de una altísima capacidad de crear”, “... ¿Cómo éramos todos? ¿Podrán decírmelo las fotografías?”, “No nos hemos negado sólo la capacidad de ser felices, sino, aún peor, la posibilidad de sentir placer”, “Pero el aire contiene la memoria de Dios y el fuego la de los hombres”, “Es mi conciencia la que me habla...”.

Así es que el acto narrativo forma parte de la identidad más antigua de nuestro autor, le viene de su propia tradición oral (“Adoraba a mi tía Mikita... de ella adopté mi gusto por el cuento y el relato corto... por la fabulación”). Dice Gustave Flaubert que: “El artista ha de ser en su obra como Dios en la creación, invisible y todopoderoso. Hay que intuirle en todas partes, pero jamás verlo”. A lo que James Joyce apostilla: “El artista, como Dios de la creación, permanece en el interior o detrás, o más allá, o por encima de su obra, invisible, evaporado de la existencia, indiferente...”.

Así, ahora nos quedamos con la precisión de este texto y de esos hechos, más allá de la realidad, el deseo y la ficción, más allá del bien y del mal, más allá del propio autor. Y más acá de la vida: “Creo en tí, alma mía, / pero el otro que soy, no debe humillarse ante tí / ni tú debes humillarte ante él. / Deja las palabras, /la música y el ritmo; / apaga tus discursos; /túmbate conmigo en la hierba”. (Recreándonos en *Canto a mí mismo*, de Walt Whitman).

Y para terminar, de la misma forma en que empecé, me apoyo en otras líneas de *Samarcanda* de Amin Maalouf: “El sultán se llama Omar. Su terraza está llena de escudillas, sigue el ritual del vino, las frutas, en el atardecer de junio, -hoy aquí, día 10 de enero- tendido en medio de la tranquilidad del viento que desciende de los montes Amarillos, la música al desparramarse lentamente.”

Firmado: “Yahán, la sultana que conoce bien el lenguaje de las frutas y su simbología”. Yo misma. Buenas tardes.

El tiempo, las biografías que van y vienen, los sueños rotos, las vivencias que se entrecruzan y se asemejan, los destinos que se quiebran, las vocaciones olvidadas, los amigos que se extravían con los años, los sesenta, los setenta, los caóticos y previsibles tiempos presentes, el sexo, la confusión y el abismo, la mujer, el hombre, la vida, todo eso es Inmenso Olvido. La novela de Alberto Omar es una nave viajera, una crónica de una Eneida que atraviesa dos siglos y muchas décadas, una Eneida insular que se mueve por las islas del recuerdo y por ese tiempo detenido que nos van dejando las fotografías cuando tratan de congelar el tiempo. Magníficamente escrita, con la misantropía del diario que traviste todas las emociones y con unos diálogos que fluyen con la misma naturalidad que se presentan en lo cotidiano.

Toda historia amplía la memoria de los hombres. Con el paso de los años, la ficción se vuelve más creíble que la propia realidad, o por lo menos creo que nos acaba contando con mejor criterio y con más emociones. Inmenso olvido asume de antemano la condición efímera de todas las ficciones y de todas las verdades, pero mientras podamos seguir leyendo historias como esta

---

<sup>1</sup> Siguió, a este comentario de Santiago, un diálogo mantenido entre Santiago Gil, el autor y el público, durante casi una hora, a partir de una serie de preguntas y comentarios que el presentador traía confeccionados. Sentimos mucho no haber grabado dicho coloquio y, por tanto, no haber dejado constancia de ese encuentro tan interesante.

nos sentiremos un poco más arropados en ese espacio en blanco que es a veces la vida cuando no se cuenta en ninguna parte.

## ALBERTO OMAR Y SANTIAGO GIL

POR EMILIO GONZÁLEZ DÉNIZ

En estos días se han presentado en Las Palmas dos libros de dos amigos que vienen a engrosar el ya gozosamente nutrido listado de la buena narrativa que se hace por aquí. Son dos generaciones, dos maneras de ver el mundo, dos trayectorias diferentes, pero que tienen en común el gusto por la palabra precisa y el camino hacia adentro. Cuando estudiábamos los manuales de literatura nos decían que la épica trataba de asuntos exteriores al escritor, la lírica de su interior y quedaba la dramática, que no nos decía de qué trataba, pero que era evidentemente la escritura teatral. Omar y Gil son autores que entran en géneros diversos, y aunque entre sus trabajos hay mucha narrativa, podríamos decir que lo que tienen en común es su tendencia a la lírica, lo interior, la reflexión.

Alberto Omar es un clásico de nuestra literatura, no en vano lo avalan tres docenas de títulos en distintos géneros, en los que el teatro no es el de menor cuantía. También es poeta y sin duda novelista, un extraño espécimen de los que yo llamo anfibios, porque respiran dentro y fuera del agua. Y es curioso cómo su obra trata siempre de indagar en las conductas, y en algunos textos se interna en esa pasión casi masoquista que tenemos los humanos por lo angustioso. Pero en la vida real Alberto Omar es justo lo contrario, un tipo

divertido, casi un *showman* de la vida, con una conversación y una expresividad que hacen que cualquier discurso verbal suyo sea un espectáculo en sí mismo, puesto que también es un excelente actor.

Ahora, en su novela *Inmenso olvido* vuelve sobre uno de sus temas recurrentes, el de la mujer considerada como segundo sexo, que en un momento determinado de su vida tiene que decidirse por el ajuste de cuentas o el olvido. Se decide por lo segundo, y tal vez ese olvido de que habla Alberto sea aquel del que Neruda decía que era muy largo. El olvido es una terapia, porque si no el dolor nos arrasaría.

Así que esta novela de Alberto Omar nos lleva de la mano hacia una reflexión que seguramente cada uno de nosotros también tiene que hacer. Santiago Gil, por su parte, pertenece a las últimas hornadas de buenos narradores que están produciendo un corpus magnífico en Canarias. También es poeta y agudo columnista, siempre tumbado hacia los detalles, como un heredero insular de Antonio Tabucchi, y curiosamente es uno de los que no se ha dejado tentar por el género negro que tan buenos textos está dejando de otros autores contemporáneos.

Debe ser eso de la lírica. Pero sí que tiene esa potencia que empuja al escritor a novelarlo todo, con una obra ya muy importante en cantidad y calidad, y esa curiosidad diaria que le viene de su vena periodística. Santiago hace buena aquella frase de que el periodismo es una buena escuela literaria siempre y cuando se abandone a tiempo. El tiene muy claros los límites, y del periodismo sólo usa la curiosidad, el deseo de comunicar, porque luego arma ficciones imposibles que solo son verosímiles cuando, como es su caso, se

sostienen en un recio armazón literario. Y ahora tenemos entre manos su entrega de *Queridos Reyes Magos*, que aunque parezca algo puntual por las fechas recién vividas es un texto que puede leerse en agosto.

Dos amigos, dos novelas y buena literatura, que sumada a la de otros amigos también comentados aquí (o por comentar) suponen un interesante comienzo de un año que, a pesar de tantos agoreros, puede ser un gran año literario.